

LA RIOJA

FUNDADO EN 1889

Edita NUEVA RIOJA, S.A.

Director

José María Esteban Ibáñez

Redactores Jefes

José Antonio del Río Sacristán y Luis Sáez Angulo

Jefes de Sección

Carlos S. Ferrer Yábar (Deportes), José Ángel Martínez (Infografía), Casimiro Somalo Somalo (Región).

EDITORIAL

Actitudes abiertas

El discurso del presidente del Gobierno, ayer en Anoeta (San Sebastián) conectó con la ya conocida "declaración de Lima" en la que Aznar recibió el "alto el fuego" de la organización terrorista ETA con la negativa a conceder "el beneficio de la duda" a los etarras, advirtiendo que a ellos correspondía "la carga de la prueba", pero mostrando su "sensibilidad" ante las nuevas circunstancias. Si entonces el presidente no podía avanzar más por razones de prudencia política, sí lo hizo ayer en el mitin preelectoral del PP del País Vasco —una ocasión excepcional para el pronunciamiento— al mostrar una actitud abierta, dispuesta a explorar las posibilidades que ofrece la nueva situación, pero situando éstas como correspondiente al máximo responsable del Gobierno: en el marco jurídico y político democrático español, que es también el vasco.

La paz cabe en la Constitución, afirmó Aznar que tampoco eludió mencionar la recíproca generosidad que debe producirse como un presupuesto necesario para avanzar en un contexto de auténtica pacificación. El presidente tuvo la visión de no descalificar a ninguna formación política; de evitar afirmaciones o adjetivos que diesen pie a polémicas y verbalizó un acto de fe en la versatilidad del sistema constitucional y en la capacidad de entendimiento de todos.

La declaración de Aznar llegó en Anoeta hasta —como también ocurrió en Lima— hasta donde podía llegar y mostró una disposición positiva del Gobierno que es a cuanto puede aspirarse cuando no ha transcurrido un tiempo significativo desde que ETA declarase la tregua. Por otra parte, ¿sería pensable que el jefe del Ejecutivo, secundado por la oposición socialista avanzase disponibilidades sobre eventuales cambios o alteraciones jurídicas e institucionales en línea con lo que reclamaba la Declaración de Estella? Evidentemente, no. De tal manera que casi todos los actores desgraciadamente no todos— de este episodio histórico, por el momento, están actuando con un criterio de fondo que es el que exige la sociedad española en su conjunto: no cerrar caminos, no cercenar esperanzas y, al mismo tiempo, ir fijando posiciones que sean referencias para el debate.

En este contexto en el que hay que ir visualizando posiciones, las elecciones autonómicas vascas del próximo 25 de octubre resultan cruciales. Porque durante la campaña, los partidos nacionalistas que suscribieron la Declaración de Estella habrán de explicar su grado de compromiso con el contenido de la misma y las formaciones no nacionalistas ofrecer la correspondiente alternativa. Pero la crucialidad de la cita electoral vasca no viene sólo definida por el calado de las propuestas políticas. También por la necesidad de que la radiografía electoral de Euzkadi sea democráticamente sólida y explícita y ese objetivo se conseguirá con una amplia participación.

Desde el punto de vista cívico sería reprochable que no se produjese una contribución personal activa mediante la emisión del voto ante una tesitura que precisa capacidad representativa absoluta. A la obligación de los dirigentes políticos de estar a la altura de las circunstancias y no obstaculizar posibilidades —y ayer el presidente del Gobierno estuvo en ese registro— se corresponde un deber que es también un derecho: aportar aquello que el sistema democrático permite al ciudadano. La paz y las soluciones políticas se construyen en común y no desde la indiferencia o la lucubración de que son asuntos que otros —políticos, instituciones, partidos— deben resolver.

EL RUMBO

Paz, política y soluciones

JOSÉ ANTONIO ZARZALEJOS

La actitud individual y colectiva ante el alto el fuego indefinido de los etarras, en unos casos de euforia, en otros de alivio y en algunos de profundo escepticismo, tendría que ir remansándose hacia la racionalidad y el equilibrio. ¿Cómo? De la manera más positiva: con la seguridad de que tanto para el logro de la paz definitiva como para el hallazgo de fórmulas políticas complementarias de futuro existen soluciones. Para que éstas actúen, sin embargo, hay que crear condiciones sociales y políticas idóneas a las que tienen que contribuir todos desde unos criterios de justicia y de integración.

Es fundamental jugar con un conjunto de instrumentos que van desde el lenguaje apropiado —habrá que decirlo todo pero de determinada manera— hasta la flexibilidad de comportamientos. Se abre paso la percepción de que es imperativo poner en orden los acontecimientos y las iniciativas. Una cosa es la paz y otra el problema político. Ambos asuntos hay que separarlos e, incluso, distanciarlos si fuere preciso.

La paz requiere, mucho más que de ideología, de ética. Y ésta tiene unos requerimientos mínimos: la consideración de que el uso de la violencia es intolerable y que bajo su amenaza, cierta o potencial, no

es legítimo adoptar decisiones que incidan sobre el régimen democrático; la seguridad de que el perdón de las víctimas sólo será posible si los victimarios lo reclaman; y la consciencia de que la sociedad en su conjunto está en condiciones de asumir la máxima generosidad, pero que no puede suplantarse sin sensibilidad suficiente el perdón que corresponde a los que perdieron hijos, padres, amigos o sus patrimonios o tuvieron que huir.

Cuando esos procesos (léase la escalofriante reflexión del jesuita José María Tojeira titulada "Verdad, Justicia, Perdón") hayan avanzado lo suficiente, la libertad de los que justamente están sometidos a prisión sería perfectamente planteable en los términos que los propios partidos políticos expresaron en el, quizás ya liquidado pero siempre referente, Pacto de Ajuria Enea.

Y puede llegar también la solución política, consolidada la paz, mediante el diálogo pleno sobre marcos mínimamente compartidos susceptibles de ampliarse sin romper el andamiaje democrático español —y también vasco— tan laboriosamente construido. Marcos como la Constitución y el Estatuto que disponen de títulos habilitantes —sus respectivas disposiciones adicionales, cuyo valor

actual resulta casuística— en los que fundamentar y articular, sin fracturas ni quebras, fórmulas políticas que resulten legitimadas por claras mayorías sociales en el País Vasco.

El debate sobre el ritmo de las decisiones es excesivamente táctico para permitir que lastre las enormes posibilidades del momento. Hace falta, primero, cohesión ciudadana. Y la sociedad vasca debe comprender que su percepción de esta coyuntura es distinta a la del resto de la sociedad española. Esta, a su vez, tiene que ser muy sensible al hecho de que la ambición de paz en el País Vasco —sentida con una urgencia más inmediata— explica que determinadas reclamaciones —quizás poco oportunas y sin duda algo ingenuas— se formulen desde la buena voluntad de favorecer la irreversibilidad de una situación como la actual.

Es necesaria esa empatía social en el conjunto de España. Se logrará con tiempo y con decencia: que los verdugos no quieran transformarse en víctimas; que los que pusieron los muertos no sean traicionados en los intrasigentes y que nadie —y mucho menos los que sólo levantan pasiones de rencor— se atribuyan el derecho de descalificar o vetar a nadie en este concierto de voluntades.

El último socialcristiano

Las elecciones alemanas de hoy tienen la dimensión propia que les otorgan el nuevo escenario europeo. Los germanos no eligen sólo a su jefe de Gobierno. También al líder del país más potente de la Unión Europea. La remontada en las encuestas de Kohl hace pensar que, aunque salga derrotado, lo será por margen escaso. El político alemán, si pierde, habría vendido muy caro su pellejo. Y aun en el su-

puesto de que no pueda imponerse a los socialdemócratas de Gerhard Schröder, la colaboración de la CDU será decisiva no sólo en la gobernación de la República, sino en el enfoque de los grandes temas europeos.

Pero Kohl tiene más significación: la ideológica. Es el último gran líder socialcristiano de Europa. El jefe de filas de la CDU ha sabido dosificar lo social y

lo cristiano, recogiendo la estela del gran movimiento democristiano de la postguerra, en una fórmula ideológica extraordinariamente equilibrada y eficaz. Y este patrimonio ideológico se quedaría un tanto huérfano sin Kohl porque en Italia la desaparición de Aldo Moro sólo fue capaz de producir a un inquietante Andreotti; Francia carece de esa tradición y en España lo li-

beral conservador ha fagocitado a una democracia cristiana sin nervio y cuyos formales representantes utilizan esa denominación como pabellón de conveniencia en sus relaciones internacionales.

En épocas de "pensamiento único", cuando todo quiere ser homogeneizado y estandarizado, Kohl ha demostrado la solidez de principios que acuciados poco antes de la mitad del siglo llegan vigentes al final de la centuria.

RAMON

